

# El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (Frag.).

Miguel de Cervantes Saavedra

Esta novela relata las aventuras de Alonso Quijana, un hidalgo manchego ya entrado en años que, aficionado a la lectura de novelas de caballería, decide nombrarse a sí mismo caballero andante para afrontar las injusticias de su tiempo con la valentía y el honor propios de una investidura de otra época. Acompañado de su escudero, Sancho Panza, recorre los caminos de La Mancha representándose una realidad diferente a la existente gracias a su poderosa imaginación, que no hace más que meterlo en problemas.

## PRÓLOGO

Desocupado lector: sin juramento, me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podría engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor a que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella.

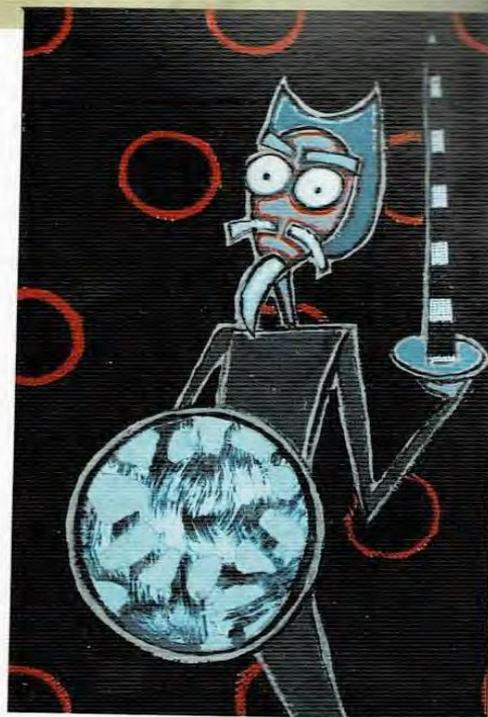
Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuvo por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando en suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa; y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

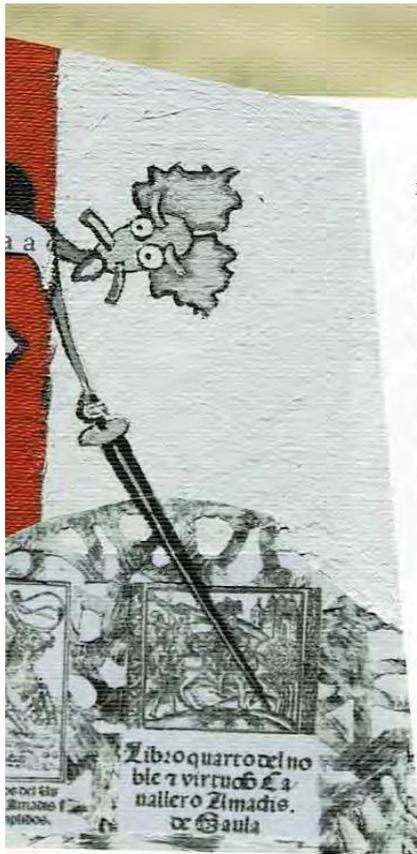
—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestras, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? [...]

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo:

—Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. [...] ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. [...]

Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo os toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes [...]. En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o a lo menos que os cueste poco trabajo el buscallo [...].





Solo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuese escribiendo, que quanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y, pues, esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención; dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y a mí no me olvide. *Vale.*

#### ACTIVIDAD:

1. De acuerdo con el prólogo, ¿Qué novedades en cuanto a la preceptiva introduce Cervantes en su novela?

.....

A continuación, leerán el primer capítulo de la primera novela moderna escrita en el siglo XVII: *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. Este autor expone en el prólogo que el propósito de su obra es imitar no solo los lugares, las acciones y los caracteres de la sociedad de su época, sino y, por sobre todas las cosas, la representación de los múltiples lenguajes que se manifiestan en la vida cotidiana.

## CAPÍTULO PRIMERO

### Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llama Quijana; pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecían de perlas, y más cuanto llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo de la vuestra fermosura”. Y también cuando leía: “...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas se fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza”. Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa

de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar –que era hombre docto, graduado en Sigüenza–, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda, y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en

ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis, et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque, según se decía él a sí mismo, no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quien había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entones; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre; y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo: de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís, no se había contentado con sólo llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quijote de la Mancha: con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él así:

—Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: “Yo señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrana, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante”?

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre a su parecer músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

Miguel de Cervantes Saavedra, Don Quijote de la Mancha,  
Buenos Aires, Longseller, 2010.

### **Glosario:**

lanza en astillero: lanza arrinconada u olvidada. “Astillero” era la percha donde se colocaban las armas.

adarga: escudo de cuero, ovalado o de forma de corazón.

rocín: caballo de trabajo.

duelos y quebrantos: huevos con panceta.

sayo: prenda de vestir holgada y sin botones que cubría el cuerpo hasta la rodilla.

velarte: paño de abrigo negro, de buena calidad.

calzas de velludo: pantalones de terciopelo.

vellorí: paño entrefino, de color pardo ceniciento o de lana sin teñir.

Feliciano de Silva: escritor de varias continuaciones del Amadís de Gaula, entre 1514 y 1532.

hanegas: medida que abarcaba entre media hectárea y una hectárea y media.

requiebros: amoríos.

Belianis: protagonista del libro de caballería de Jerónimo Fernández: El libro primero

del valeroso e invencible Príncipe Don Belianis de Grecia, del año 1547.

Palmerín de Inglaterra: protagonista de un libro de caballerías del mismo título, escrito por Francisco de Moraes, alrededor de 1545.

Amadís de Gaula: protagonista de la novela homónima.

maese: tratamiento que se daba a los barberos que realizaban pequeñas curas médicas.

Caballero del Febo: personaje del Espejo de príncipes y caballeros, del año 1555.

Caballero de la Ardiente Espada: es el protagonista de un libro de Feliciano de Silva, que se llamaba Amadís de Grecia y que llevaba en el pecho como emblema una espada.

Cid Ruy Díaz: héroe popular que combatió a los moros.

Bernardo del Carpio: héroe legendario español, venció a Roldán en Roncesvalles, según cuentan los romances.

el gigante Morgante: protagonista de una obra del siglo xv en la que es vencido por Roldán y convertido al cristianismo.

Reinaldos de Montalbán: héroe de la épica francesa del siglo xii, nombrado en el romancero español.

Galalón: personaje de la leyenda carolingia, se trata de Ganelón, que aparece como un traidor que ocasiona la muerte de Roldán y los doce pares en Roncesvalles.

Trapisonda: ciudad situada en la costa meridional del mar Negro y capital del imperio del mismo nombre, muy nombrada en los libros de caballería.

celada de encaje: parte de la armadura que cubría la cabeza.

morrión: armadura de la parte superior de la cabeza, hecha en forma de casco, y que en lo alto suele tener un plumaje o adorno.

más cuartos que un real: juego de palabras con el doble sentido de "cuartos": enfermedad de las caballerías, por un lado, y monedas de poco valor, por otro.

Gonela, tantum pellis, et ossa fuit: el nombre hace alusión a un bufón de la Corte de los duques de Ferrara, que tenía un caballo famoso y muy flaco al que hace referencia

la frase en latín: era solo piel y huesos.

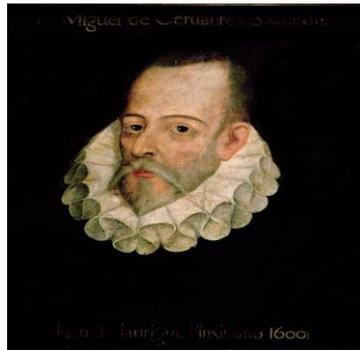
Búcefalo de Alejandro, Babieca del Cid: caballos famosos de héroes históricos.

ínsula: isla.

Caraculiambro: apodo dado al ancho de la cara.

### ACTIVIDADES:

1. ¿Dónde y cuándo transcurren los hechos de este primer capítulo? Imaginen cuáles eran las características sociales, económicas y culturales de esa sociedad.
2. ¿Qué personajes aparecen en este primer capítulo? ¿Cómo se presenta a cada uno?
3. ¿Cuál es el objetivo que se plantea el protagonista? ¿Cuáles son sus ideales? ¿Cómo se plantea cumplir su deseo?
4. En el fragmento leído se hace mención de las novelas de caballería que se leían en la época de Cervantes. ¿Cómo se las presenta? ¿Qué se dice de ellas?
5. Enumeren y expliquen cada uno de los requisitos que tiene que cumplir todo caballero desde la perspectiva del hidalgo.
6. Según el historiador de arte Arnold Hauser, "(...) donde brilló con más esplendor [España] el resucitado espíritu caballeresco también fue la desilusión más grande, al descubrirse que el predominio de los ideales caballerescos era una ficción". Reflexionen acerca de esta observación y expliquen cómo se relaciona con el fragmento leído de Cervantes.
7. En una nota publicada en El País Cultural, de Montevideo, Gustavo Martínez señala: "Al igual que el hombre moderno, el hidalgo manchego debió optar entre ser una 'lanza' más en el 'astillero' de la sociedad o ser sujeto, esto es, alguien que con la 'lanza' de su voluntad va abriendo caminos a su propia historia, en y por la cual podrá constituirse como individuo. Por eso el capítulo I de la novela narra mucho más que la transformación del hidalgo en caballero. Narra el surgimiento del hombre moderno, al que ya no le basta con pertenecer porque necesita ser, 'serse', como diría Unamuno. Con la modernidad se inicia, precisamente, la reflexividad del ser: ser es hacerse, hacerse ser. Algo que se conquista, no que se hereda por linaje o condición. Y es en el proceso de esa conquista que la propia identidad se forja. De allí que la primera hazaña y tal vez la más grande de Don Quijote fue cuando decidió enfrentarse al hidalgo que lo poseía y no lo dejaba ser". **Reflexionen acerca de la interpretación que hace el autor de la nota: ¿cuál es la concepción del "hombre moderno" para este autor? ¿Qué caracterizaba a los hombres anteriores a la modernidad? ¿Por qué se puede considerar al hidalgo como un hombre moderno?**



## EL AUTOR

Miguel de Cervantes Saavedra nació en el pueblo de Alcalá de Henares, en España, en 1547; hijo de hidalgos pobres, su padre era un modesto cirujano. Estudió Humanidades en Madrid. Fue soldado, poeta, novelista y dramaturgo. Se trasladó a Italia, donde combatió en el Ejército español contra los turcos y fue herido en la batalla de Lepanto, quedándole inutilizada definitivamente la mano izquierda, por lo que fue apodado “el Manco de Lepanto”. Cuando regresaba a España, su galera fue atacada por unos piratas berberiscos, y fue prisionero durante cinco años en Argel.

Después de varios intentos de fuga, fue finalmente rescatado a través de un pago en efectivo. Regresó endeudado, pobre y sin trabajo a su patria. Se instaló en Madrid, se casó, se trasladó a Sevilla, trabajó como recaudador de provisiones para la Armada

Invencible y como recaudador de impuestos. Durante esos años intentó conseguir sin éxito un empleo en las Indias, y empezó a publicar sus textos literarios. Su primera novela, *La Galatea*, se editó en 1585. Tuvo problemas con la justicia y fue encarcelado; allí escribió la primera parte del Quijote, que se publicó en 1605 con el título *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, con un importante éxito. Luego se instaló en Madrid, en donde escribió la segunda parte de su obra magistral, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, a la edad de 66 años. De esta manera quedó consagrado como uno de los más grandes escritores de narrativa de la historia universal y como el creador de la primera novela moderna. También escribió en prosa *Las novelas ejemplares*, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*; en teatro: *La Numancia* y *Los baños de Argel*; y en poesía: *Viaje del Parnaso*. Murió en Madrid, en 1616.